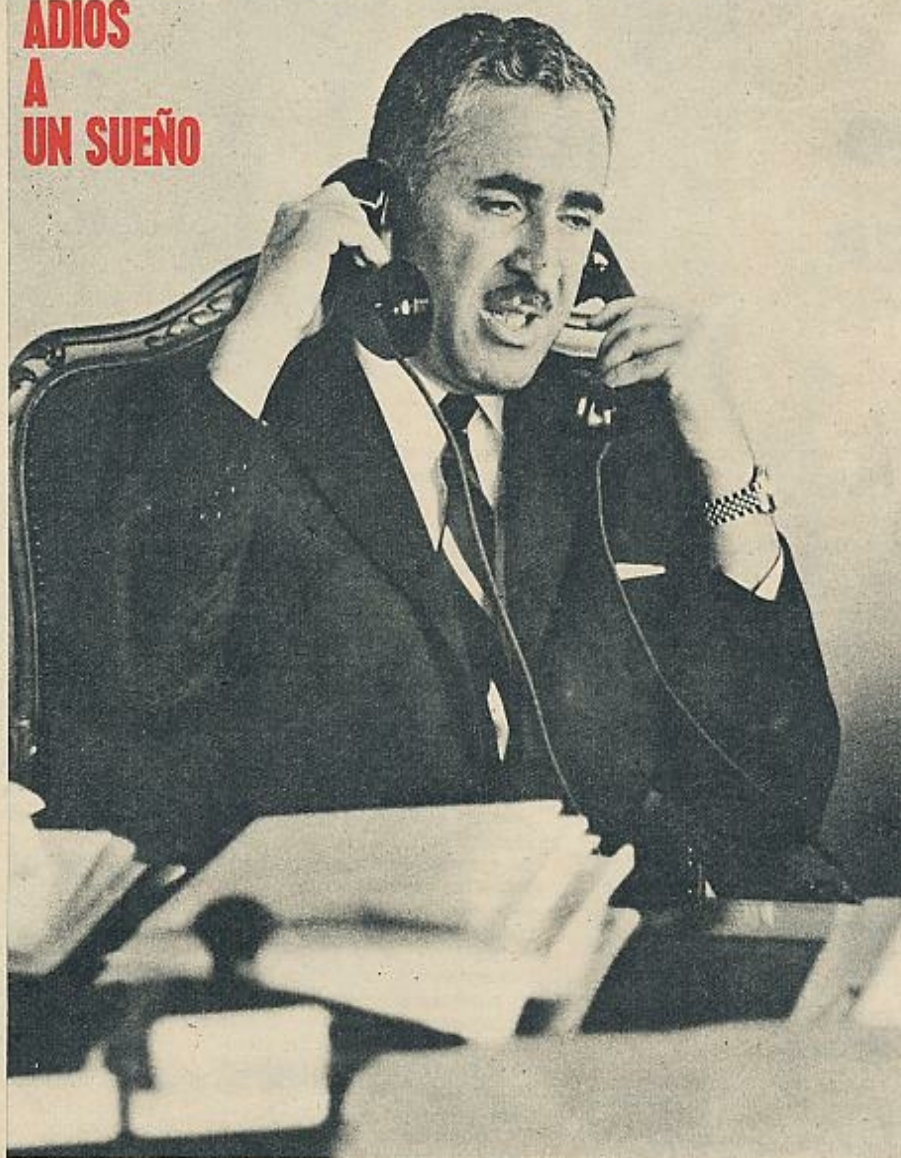


**ADIOS  
A  
UN SUEÑO**



# **EL LIBANO SE JORDANIZA**

FRANCESCO RUSSO, desde Beirut

Poco antes de la «pequeña cumbre árabe» de El Cairo, el primer ministro libanés, Rashid Karamé, amigo personal de Nasser, pidió a éste cien millones de libras esterlinas como contribución a la defensa del Líbano. La iniciativa sorprendió a muchos, dada la riqueza de la «ex Suiza de Oriente Medio». Pero Karamé quería que Nasser fuera sólo un intermediario...

**LAS ACTIVIDADES DE LOS GUERRILLEROS Y LA PRESION ISRAELI ESTAN LLEVANDO A LA SUIZA DE ORIENTE A LA NECESIDAD DE ALINEARSE JUNTO A SUS HERMANOS DE LA LIGA ARABE...**

**E**L reciente discurso de Nasser sobre la guerra como única alternativa a las incursiones israelíes en el Alto Egipto y en el delta del Nilo; la posible perspectiva de una intervención directa de los soviéticos en el conflicto entre los árabes e Israel; la venta de más de cien Mirage franceses a Libia y las nuevas promesas de armamentos que los rusos han hecho a Egipto y los americanos a Israel; las batallas de carros armados en la frontera entre Israel y Siria; incluso la posibilidad de que, tras la eventual caída de Nasser, se desencadenen, en muchos países árabes, luchas sangrientas entre las facciones neutralistas y las «arabistas» favorables a la paz las primeras, y a la continuación de la guerra contra Israel las segundas; he aquí el balance de la situación en el Oriente Medio, mientras en Eilat, los hombres-rana egipcios s a b o t e a n las naves de Israel y los israelitas reaccionan intensificando sus expediciones bélicas.

Pues bien: ¿qué repercusiones tiene esta especie de carrera hacia el abismo, en el más próspero, más occidental, más neutralista de los vecinos de Israel, el Líbano? La respuesta es que, desde que en 1968, cuatro helicópteros israelíes atacaron el aeropuerto de Beirut y destruyeron trece aviones (es decir, la totalidad de la fuerza aérea libanesa), cualquier empeoramiento de la situación en el Oriente Medio agudiza en los libaneses, amantes de su país, el temor de que el Líbano se vea desgarrado por una guerra civil y luego ocupado, en



# EL LIBANO SE JORDANIZA



parte por Israel, en parte por Siria.

Durante el viaje, en avión, de Roma a Beirut, converso con Michel El-Khury, ex ministro de Información y actualmente presidente del Consejo Nacional del Turismo, un hombre elegante y amable, que habla un francés perfecto. El tono de la conversación es ligero. A propósito de la indolencia, de la dulzura de vivir libanesa, me cuenta un chiste: «Uno va al despacho de un ministro y no lo encuentra. El bedel le dice: "Por la tarde no viene, pero por la mañana no trabaja"». Poco a poco, tras las volutas de humo de su largo cigarro, veo oscurecerse el rostro.

—Nuestra economía —me explica— depende, sobre todo, de los servicios, en particular del turismo. Ahora bien, desde hace dos años, la industria turística libanesa está prácticamente muerta.

Así que el sueño del Líbano de convertirse en una Suiza del Oriente Medio, próspera y neutral, se ha desvanecido. Aunque miembro de la Liga Árabe, el Líbano consiguió, único país entre los vecinos de Israel, mantenerse ajeno a la guerra de los seis días; pero, en los dos últimos años, los feddayin lo han comprometido en el conflicto: en la actualidad, la «jordanización» del Líbano se encuentra en un período bastante avanzado. La aviación israelí machaca regularmente las carreteras del país, las fuerzas libanesas a veces tienen que «reconquistar» centros ocupados por los feddayin, y todo eso impone la necesidad de aumentar los gastos militares. El parlamento ha decretado nuevas asignaciones para la defensa, y, poco antes de la «pequeña cumbre árabe» de El Cairo, el primer ministro de Beirut, Rashid Karamé, amigo personal de Nasser, fue a ver al Rais para pedirle que contribuyese con 100 millones de libras esterlinas a la defensa del país. La iniciativa ha hecho sonreír a muchos en el Líbano por su obviedad: ¿cómo puede un país que tiene más millonarios que Gran Bretaña pedir ayuda económica a Egipto, que solamente a la Unión Soviética debe ya más de 500 millones de dólares? Pero los defensores del gobierno han dado a entender que Karamé no ha pedido el dinero a Nasser, sino a los ricos países petrolíferos. Nasser no ha hecho más que de intermediario.

Si todos queremos hacer la guerra a Israel, dice el Líbano mercantil y pacifista, que los gastos se repartan por igual.

El ejército libanés es eficaz, está bien armado y adiestrado, pero, en comparación con el arsenal bélico que se está acumulando en el Oriente Medio, es una fuerza irrisoria: doce o trece mil hombres, de los que sólo cinco o seis mil están eficazmente armados. En resumidas cuentas, este ejército, fundado en el 1945 por Fuad Chehab, no es más que una buena fuerza de policía (ha salido bien parado en los recientes tumultos). A tal propósito se cuenta el chiste siguiente: Moshe Dayan se aburre porque no tiene nada que hacer. Entonces Golda Meir le dice: «¿Por qué no ocupas el Líbano?». «Sí —contesta Dayan—, ¿y qué hago por la tarde?».

## TIENEN LAS MALETAS PREPARADAS

«Aquí está usted en Occidente», le dicen a uno los amigos libaneses que le acompañan por Beirut. A excepción de algún que otro edificio morisco milagrosamente salvado de la piqueta, en la ciudad no queda ni siquiera un Oriente de tarjeta postal: está plagada de muebles de cristal y cemento, con terrazas mirando a un mar que tiene los colores de las escenas bíblicas de Claude. En las calles, que en los barrios elegantes llevan nombres franceses (rue Maurice Barrés, Clémenceau, Weygand, Général De Gaulle), se ven minifaldas tremendamente «minis», y entre los jóvenes prevalece un tipo de elegancia a lo Carnaby Street filtrada por vía Veneto.

A uno le entra la sospecha de que este país de dos millones y medio de habitantes —mitad cristianos y mitad árabes— está sufriendo una crisis de identidad, o, mejor dicho, que la posibilidad de consolidar una coexistencia idílica entre los dos grupos se va comprometida, día tras día, por una crisis Internacional que saca a la luz cómo las diferencias étnicas y religiosas en el Líbano corresponden a diferencias socioeconómicas (más o menos como ocurre en Irlanda del Norte).

Por un lado, los musulmanes, pobres, atrasados, sentimentalmente

ligados más al mundo árabe que al Estado libanés; por el otro, los cristianos, ricos, emprendedores, con raíces poco profundas en el Líbano, dispuestos a hacer las maletas si las cosas se ponen mal.

Uno se maravilla de que Beirut haya tenido la pretensión de disputar a El Cairo la posición de centro cultural del mundo árabe. Es verdad que en el Líbano se imprimen 46 diarios, en árabe, francés, inglés, armenio (con tiradas de entre 2.000 y 10.000 ejemplares); 102 revistas, hay un clima de cultura sensibilísima a las sugerencias occidentales; pero, en el fondo, la vida cultural libanesa es demasiado experimental, aventurera, despreciada, cosmopolita, demasiado poco árabe para poder proponerse a las masas islámicas, al beduino que escucha su transistor en el desierto, o al paupérrimo subproletario de El Cairo, como una alternativa a la sólida propaganda radiotelevisiva de Nasser. La cultura francesa del Líbano es la cultura de una casta dominante que siente cierta antipatía subconsciente hacia el «lánguido, sucio, guasapiento Oriente» de los árabes, y, quizá, a un nivel aún más profundo del subconsciente, cierta solidaridad con el activo, ordenado y occidental Israel. Esta extraña esquizofrenia del Líbano cristiano, dividido entre la necesidad de coexistencia con sus vecinos árabes y con la minoría árabe del país, y la voluntad de pertenecer al Occidente, se hace patente en seguida. Los libaneses cristianos empiezan hablándole a uno con exageradas expresiones de simpatía para los árabes y de desaprobación hacia la actitud de Israel frente a los problemas libaneses; pero añaden que Nasser es, sin duda, la causa de todos los males que hoy afligen al Oriente Medio, y que odian a los prófugos palestinos. «Los hemos albergado casi un cuarto de siglo —le dirán a usted—, y ahora amenazan con sembrar el desorden en el país».

Otro ejemplo de esta esquizofrenia lo proporcionan las reacciones políticas libanesas al caso Christian Bellon. Como se recordará, este joven, ex paracaidista y profesor de judo francés, manifestó su simpatía por la causa palestina, desviando hacia Beirut un Boeing 707 de la TWA y causando al aparato, con una ráfaga de disparos de arma de

fuego, daños por valor de cincuenta mil dólares. En cualquier país normal cuyo «boom» turístico dependa de los servicios aéreos, el gesto de Bellon habría sido repudiado; pero el Líbano no es un país normal. A Bellon le metieron en la cárcel, pero en una cárcel de oro. El ministro del Interior, Kamal Jumblatt, aunque había dado, en más de una ocasión, la orden de disparar contra los feddayin, le agasajó un fin de semana en su casa de campo de Mukhtara. El joven héroe fue invitado a visitar Vaalbeck por las autoridades locales, fue también invitado a comer el «mezzeh» en el elegante restaurante árabe Yddizlar, escoltado por un pelotón de guardaespaldas. Dentro de pocos meses se celebrarán en el Líbano las elecciones presidenciales: ¿qué hombre habría podido ignorar el éxito conseguido por Bellon entre los árabes y entre la juventud?

¿Cuánto tiempo durarán aún los intermedios sainetes del drama libanés? El hecho es que aproximadamente 100.000 personas, en su mayor parte musulmanes de confesión drusa, han abandonado el sur del Líbano por miedo a las represalias israelitas y a una próxima invasión; no pasa un solo día sin que en el Líbano se lleven a cabo nuevos atentados, en su mayor parte con explosivos; cada vez son más frecuentes los choques entre la población y los grupos de feddayin, en especial los de la Saika, guerrilleros palestinos ligados al Baas sirio. Y la relación numérica entre los dos grupos étnicos y religiosos va transformándose. La población musulmana, caracterizada además por una más intensa actividad demográfica, se ha visto reforzada en el curso de los últimos años por trescientos cincuenta mil prófugos palestinos y por cuatrocientos mil inmigrantes sirios; mientras que los libaneses cristianos, armenios y hebreos (6.000 personas forman parte de la comunidad israelita del Líbano) son menos prolíficos y tienden a emigrar.

En este Estado constitucional aunque confesional, en el que los cargos están distribuidos de forma que contenten a los diversos grupos (por ejemplo, el presidente debe ser cristiano, el primer ministro, musulmán; un oficial cristiano debe tener al lado a un suboficial musulmán, y viceversa), el gobierno no está dividido de forma paralizan-



Hay libaneses que piensan que cerca de cuatrocientos mil refugiados palestinos son demasiados para su país. «Estos incómodos huéspedes —dicen— deberían estar repartidos con mayor equidad entre todos los países árabes».

te entre ministros solidarios con la causa palestina y otros que quisieran que el país se disociase de la misma. Kamal Jumblatt, líder del partido socialista, aspira a una función de puente entre el «establishment» libanés y los militantes palestinos; pero Pierre Gemayer, líder de los Kataeb (el partido de las falanges), afirma que 350.000 refugiados palestinos son demasiados para un país pequeño como el Líbano, y que estos incómodos huéspedes deberían ser repartidos con mayor equidad entre los países árabes.

Israel ha advertido repetidas veces y con dureza que considerará al Líbano responsable de cualquier acción de guerrilla que se origine en territorio libanés. El año pasado, el país sufrió una crisis de meses, y en octubre, en Trípoli, ciudad militante y nasserista, se produjeron choques entre feddayin y policías, con seis muertos por lo menos. En noviembre, gracias a la mediación de Nasser, se firmó en El Cairo, entre el primer ministro libanés, algún otro ministro y el jefe de Al Fatah, Yasser Arafat, un acuerdo que se ha mantenido en secreto por miedo a la reacción desfavorable que habría suscitado entre el público y en el parlamento. Se cree que las cláusulas principales del acuerdo son las siguientes: los guerrilleros no deben utilizar los quince campamentos de refugiados del país como centros de reclutamiento y adiestramiento; no deben constituir bases en los centros habitados ni rondar armados por las ciudades; no deben disparar en dirección a Israel desde el territorio libanés; sin embargo, tienen un «derecho de tránsito» por territorio libanés para sus ataques contra Israel (y es ésta una violación del acuerdo al que se llegó cuando el armisticio del 49). El comandante en jefe de las fuerzas armadas, general Emile Bustani, se vio obligado a dimitir a favor del general Jean Nejeim; parece ser que, para no comprometer sus ambiciones presidenciales, había tratado con demasiada debilidad a los feddayin.

#### LLEGAR A SER «TIGREILLOS»

Acompañado por una muchacha de Al Fatah, que prepara una tesis

sobre «el marxismo-leninismo en el Oriente Medio» para licenciarse en la Universidad americana de Beirut, constato con mis propios ojos la suciedad en medio de la cual viven, desde hace veinte años, doscientos ochenta mil palestinos establecidos en el Líbano: chabolas con tejados de chapa ondulada, asegurados con piedras; hombres y mujeres lisiados que andan por el barro sobre sus rodillas, escuelas elementales con cincuenta alumnos por clase, una torrecilla que sirve de minarete y, por todas partes, fotos de Nasser y de los «mártires» locales, y «slogans» como «no vayáis a clase, haced la guerra de guerrillas». «Aquí —me dice la muchacha de Al Fatah— no verá ningún joven ni ningún adulto: todos están en las montañas, y estos chicos tienen una sola ambición: llegar a ser «tigrecillos» de Al Fatah y guerrilleros lo antes posible».

Después giro visita a un hospital de Al Fatah, que me parece totalmente desprovisto de equipo sanitario, pero que tiene un ambiente animado, casi alegre. Los médicos son todos egipcios. Pregunto a algunos feddayin cómo resultaron heridos: «En choques con guardias libaneses», me contestan todos, pero añaden: «El pueblo está con nosotros». Uno me pregunta por qué no hablo el árabe. «Conozco algunas lenguas extranjeras —contesto—, pero no el árabe; y usted, ¿qué otras lenguas habla?». «Yo sólo hablo la lengua de Al Fatah», me contesta.

En Beirut continúa la vida de siempre: paquidérmicos automóviles americanos invaden las callejuelas de los bazares, en los escuálidos cafés próximos a la plaza de los Mártires se ejecutan, por la tarde, frías danzas del vientre, y cientos de muchachas de ojos negros ven ajarse su juventud sin clientes; en la calle de los Bancos, por la noche, vigilan los automóviles blindados; cada día es igual al siguiente, pero los libaneses no dan demasiadas «chances» de supervivencia al país de la bandera con el cedro. Los más ricos transfieren sus capitales al extranjero, los campesinos cristianos maronitas de las montañas acumulan en sus despensas y en sus cantinas provisiones alimenticias para por lo menos un año. ■ F. R.

## BOSC

